

Cambios en las aldeas y villas de Galicia

Carlos Allones Pérez

UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

Resumen: Queremos en este artículo explicar, con la mayor brevedad y sencillez de que seamos capaces, los cambios que han experimentado las aldeas y las villas en Galicia en los últimos 50 años. Dejamos a un lado a las ciudades, y particularmente A Coruña y Vigo, porque ya desde el siglo XIX tienen una evolución propia y diferente. Vamos a describir 4 tipos distintos de sociedades aldeanas y vilegas, 4 sociedades gallegas que los lectores de mi edad, de más de 50 años, reconocerán fácilmente, aún cuando no vivan o no hayan vivido nunca en ninguna de ellas.

No pretendemos (no podríamos pretender) que la interpretación que ofrecemos aquí sea la única posible; tan solo queremos poner encima de la mesa, por decirlo así, algunas ideas sobre algunas de nuestras sociedades galaicas, del pasado y del presente, y algunas previsiones, tal vez razonables, sobre su futuro.

Palabras clave: aldeas; villas; O Barbanza; esclerosis rural

Abstract: *This article seeks to explain, briefly and concisely, the changes undergone by Galician villages and towns in the last 50 years. Large cities, in particular A Coruña and Vigo, will not be considered here, as they have had a considerably different evolution since the XIX century. I will focus on describing four types of village and town societies, which will be easily recognized by most readers over 50 years old, whether they have lived there or not.*

The interpretation offered in this article is not, of course, the only one possible. The purpose here is just to share analytical ideas about some past and present Galician societies, and some reflections about their possible future.

Key words: *villages; towns; O Barbanza; rural sclerosis*

Aldeas y villas

La primera de esas sociedades que vamos a retratar -como si quisiéramos aquí pintar una acuarela sociológica, con trazo rápido y sin posible corrección- es la aldea. Su célula básica era la casa, la casa de labranza. Transmitida por herencia de padre a hijo, generalmente legando una proporción de 2/3 al hijo mayor, buscando siempre garantizar que fuese viable, y a ser posible engrandecida, en la siguiente generación. El hijo nombrado heredero, el mayorazgo o vinculeiro, incorporaba por matrimonio a una moza, que ejercería la maternidad para una casa que no era, que nunca sería la suya, pero que llegaría a ser de su hijo.

Desde la actual racionalidad económica mucho se critica el minifundio, por incapaz de acumulación capitalista, y lo era. Pero en cambio, desde una racionalidad

familiar, por entonces dominante, el minifundio, la explotación de pequeños pastos, montes, huertas, ganados, leiras, viñas, aguas, generalmente distanciadas entre sí por antiquísimas disposiciones de herencias, garantizaba la autosuficiencia de la casa, que era por entonces el ideal social indiscutido. Si se quiere comprender a una sociedad, mala cosa es juzgarla con los valores de otra.

Claro que con frecuencia los avatares de la vida impedían la aplicación estricta del ideal social de reforzamiento de la casa por su transmisión de padre a primogénito, bien por que no había tal varón, o se había muerto, o era enfermo, y había entonces que buscar para una hija un marido que fuese un 'xenro xeitoso' para la casa. Y a falta de hija, podía acudirse a un sobrino. Por eso es frecuente en las aldeas que los moradores de una casa lleven apellidos distintos al nombre con el que se la conoce. Pero es que un ideal se convierte en colectivo no porque se realice en todos y cada uno de los casos prácticos, particulares, que se presentan en la vida social, sino porque *orienta* la acción de las personas que la protagonizan.

La gran administradora de la sociedad aldeana entre nosotros los gallegos era la Iglesia Católica, ella autorizaba, sacralizándolos, los ritos de paso de los vivos, esos momentos de autenticidad que conoce en todo tiempo y lugar la vida del ser humano: el nacimiento, el matrimonio, la muerte. Administraba los cultos y los símbolos con los que se interpretaba la vida social; y administraba sobre todo la vida de los muertos -recuérdese "Romeiros do Alén" de Marcial Gondar (1989).

El campesino gallego, en esa organización social muy patriarcal, no se distingue básicamente de cualquier otro campesinado europeo occidental. Si acaso por una más perfeccionada culturización católica, pues Compostela siempre fue un centro estratégico para la Iglesia Romana. Galicia tiene ella sola casi tantas parroquias como media España. Pero ya el geógrafo francés Abel Bouhier, que escribió 1500 páginas sobre nuestro "viejo complejo agrario", cuando éste conservaba todavía bastante de su plenitud, allá por los años 1960', se interesó muy mucho por la singular dispersión de la población por todo el territorio de la Pequeña Galia, y diferenció en ella distintos tipos de aldeas... ¡La Pequeña Galia de los mil ríos, de los mil puertos, de los mil climas! Ese rasgo específico y extremo de la dispersión rural gallega, se sigue realizando hoy en día, con nuevos bríos y nuevas tecnologías, por lo que aparecerá de nuevo más adelante en nuestra argumentación.

Pero desde las entrañas mismas de las sociedades aldeanas, y a lo largo de siglos y siglos medievales, irá germinando otro tipo distinto de sociedades, o pequeñas villas, cada una de ellas cabecera de su comarca, como Noia, Padrón, Cambados, Vilalba... Su origen está en los oficios campesinos más especializados, como ferreiro, canteiro, carpinteiro, gaitero, pulpeiro, curtidor, etc. etc. De manera que hombres con estas habilidades circulaban buscando empleo por las encrucijadas de los caminos, o asen-

tándose en algunas de esas ferias que hubiesen ganado el privilegio de celebrarse periódicamente, por alguna temprana concesión de la Monarquía y de la Iglesia. Aunque en permanente contacto con todos los demás estamentos sociales (campesinos, fidalgos, nobles, clérigos), desde un principio mostraron rasgos distintivos, por esa su condición de *no* vivir directamente de la agricultura, sino de sus oficios, que se agrupaban en gremios en calles apretujadas, que hoy reconocemos como cascos viejos. Intercambiaban sus trabajos con los campesinos de la rodeada, que a cambio les pagaban con sus mejores excedentes (de menor valor añadido). Una mínima administración civil, de carácter local, resolvía los novedosos problemas sociales que protagonizaban: higiene de abastos, alineación de calles, alcantarillado, alumbrado, policía nocturna, etc. etc.

Un nuevo impulso recibieron estas villas en el siglo XIX, con la reforma administrativa de Isabel II y la llegada del ferrocarril. La primera implantó o amplió la administración del Estado en ellas, apareciendo juzgados, oficinas de correos, guardia civil, escuela, médico del seguro, funcionarios de toda España se establecieron en ellas, usando el idioma castellano en sus relaciones formales. El ferrocarril, por su parte, empezó a traer manufacturas fabricadas en Bilbao, Barcelona, Madrid, Vigo, y de otros orígenes peninsulares, incluso extranjeros, obligando a transformarse a las seculares artesanías locales, que se convirtieron en pequeñas tiendas o comercios, que eran en realidad terminales de venta al por menor de tales centros industriales. Aparecieron así pequeñas ferreterías, tiendas de confección, de lanas, mercerías, zapaterías, relojerías, tabernas, ultramarinos o coloniales, peluquerías, autobuses de línea, uno ó dos bancos, boticas, fondas, y más adelante, ya en mi infancia, en los años 1950-60', taxis, más bancos, talleres de automóviles, de maquinaria agrícola, tiendas de electrodomésticos, bares, incluso cafeterías, etc. etc.

Naturalmente, toda esta nueva sociabilidad –una sociabilidad “de tenderos”, al decir del profesor Pintos- labró sus propias señas de identidad, a lo largo de los siglos, y en primer lugar, desde luego, y principalmente, casándose entre ella, excluyendo a los hijos de los labradores en los intercambios matrimoniales, para lo que fue muy útil el recurso al idioma de la escuela, el castellano, al que bastantes familias vilegas convirtieron en idioma casero o materno, con el fin de perpetuar aquella exclusión. Por eso no era infrecuente que padres que hablaban gallego entre ellos, hablaran sin embargo en castellano a sus hijos, y particularmente a sus hijas, pues estas eran las que, a la hora del matrimonio (esa hora tan estratégica para el estatus de la familia), circulaban entre las casas, y siempre buscando hacerlo hacía arriba. Puede verse una descripción de un proceso en mucho semejante a este, pero aplicado al Béarn francés, en el libro de Pierre Bourdieu, “El baile de los solteros” (2004).

Un comentario aparte, por muchos motivos, merecerían las villas de la costa, o mariñeiras, Cangas, Bueu, Ribeira, Noia, Muros, y otras; pues el mar de por sí siempre es más proclive a la comercialización de sus productos que el campo, y además, a partir de mediados del siglo XVIII, empiezan a establecerse en las Rías los llamados fomentadores catalanes (pronto emulados por la población local), que compran toda la sardina que puedan pescar los hombres, y ofrecen un salario también a las mujeres, que la limpian y salan y entablillan en la playa, generando clases de mentalidad empresarial en la población local, que romperán muy pronto, y bastante profundamente, las castas aparte y la mentalidad estamental, que hemos señalado como constitutivas de las villas del interior. Lo que no dejará de tener importantes consecuencias en el argumento que sigue.

■ **Vivir na aldea, traballar na industria**

Pero entonces, más o menos a partir de 1970, sucedió algo que nadie fue capaz de prever, ni siquiera los más atentos. Nos referimos a la generalización del trabajo asalariado en algunas comarcas del antiguo rural. Fuese en O Barbanza, o en O Morrazo, asociado a la explotación de la pesca de bajura, de las conservas, congelados, pre-cocinados; o fuese en O Sar, en torno al pimiento de Herbón y a la industria del aluminio; o en O Rosal, o en O Salnés, con el albariño, las flores, la pesca, el puerto comercial, el turismo vacacional; o en O Porriño, con sus canteras e industrias del granito y del mármol; o en O Barco, con la pizarra; o en Burela y Celeiro, con la pesca de altura, la alúmina, el caolín; etc. etc. Siempre (o casi siempre) se trata de lo mismo: en su origen está el recurso a unas materias primas locales y tradicionales, que generan una transformación industrial y comercial, una y otra vez reinvertida, que alcanza a vender con éxito creciente sus productos y servicios, en los mercados gallegos, español, e internacional... ¡En O Sar sólo el aluminio y sus derivados mantienen unos 1200 empleos industriales directos! ¡Y Cortizo exporta el 30% de su producción a Europa!

Y ahora debemos preguntarnos: ¿cómo es posible que en 40 años las aldeas hayan conseguido lo que nunca las vilas, las cabeceras de sus comarcas, fueron capaces de lograr en siglos? La respuesta ya la dio Carlos Marx desde Londres en 1867, cuando señaló que el trabajo asalariado, el trabajo *ajeno*, no es una mercancía como cualquier otra, no es una mercancía como las demás, que se acaba al tiempo que se usa, sino que ésta, a medida que se emplea y se consume, engendra nuevo valor, genera más valor que lo que cuesta contratarla. Y si en las aldeas de antes hablábamos de *agri-culture*, ahora podemos hablar de *labour-culture*: lo que ahora se cultiva no es el campo, lo que ahora *se cultiva* es el trabajo... de los demás.

Pero esos asalariados constituyen a su vez un vivero de nuevos empresarios, que van creando nuevas industrias y servicios de todo tipo, y entre ellos muchos comer-

cios, que aprovechan la tradición y la situación estratégica de las vilas, fagocitándolas con nuevos establecimientos, que a diferencia de las pequeñas tiendas de nuestra infancia, son ahora negocios que han de recurrir también al trabajo asalariado, si quieren sobrevivir, creando *cadena*s de supermercados, de lavanderías, de zapaterías, de perfumerías, de tiendas de ropa, cadenas de gimnasios, de hoteles, de discotecas, bancos, cafeterías, etc. etc.

A su vez, las administraciones de todo tipo se asientan en esas vilas, multiplicando el número de institutos, ambulatorios, incluso hospitales, juzgados, notarías, polideportivos, centros de tercera edad, guarderías, etc. etc.

Se trata casi siempre de pequeñas y medianas empresas familiares, pymes cuyos creadores son los verdaderos líderes reconocidos (y envidiados) de su comunidad, pues ellos son los que dan trabajo, y solucionan vidas (las vidas de los jóvenes de su localidad). Pero siempre que hay una empresa familiar, hay una familia empresarial, es decir, una familia cuyo destino queda indisolublemente unido al éxito de la empresa que ella misma creó, de modo que la armonía familiar pasa a depender en cuerpo y alma de la expansión empresarial. Lo que se manifiesta en esas impresionantes *casas personalizadas*, que por doquier se levantan en el antiguo rural gallego, ‘espalladas’ y cerradas sobre sí -como al punto reconocerían Bouhier y Lizancos Mora (2003)-, y donde las nuevas tecnologías se ponen al servicio de una recreación (culturalmente informada) de la familia troncal: por eso la cocina, que sigue siendo el centro de la sociabilidad familiar, tiene bilbaína, butano, vitro y microondas, ¡y hasta 4 generaciones coinciden en ella!

¿Se trata de un modo de vida urbano? ¿Se trata de un modo de vida rural? Tiene rasgos de ambos, pues separa trabajo, consumo, y vivienda, como ocurre en las ciudades (de ahí que la motorización de estas comarcas sea de las más altas de Europa); pero los vecinos siguen siendo parientes, y los parientes siguen siendo vecinos, y eso hace mucho tiempo que ya no sucede en las urbes... ¿Quién sabe? tal vez los gallegos, una vez más, estén haciendo las cosas a su manera, y hayan encontrado un modo propio y ‘retranqueiro’ de entrar en la modernidad, que un mecánico del Polígono del Tambre una vez me expresó diciendo ‘¡Non hay como vivir na aldea, e traballar na industria!’... ¡Tal vez!...

¿Y los jóvenes de estas comarcas? Muchos de ellos (con gran disgusto de sus padres) abandonan precipitadamente sus estudios, tan grande es su impaciencia de explorar sin más demora ni contemplaciones la nueva sociabilidad, cuyas *soluciones* más avanzadas y resueltas propaga una y otra vez la TV, verdadero manual de instrucciones, cuando filma infatigablemente el modo de vida de las clases medias norteamericanas. Si sus padres construyen casas personalizadas, ostentoso símbolo activo de su éxito social, ellos por lo mismo conducen *coches tuneados*, con los que

van a ganarse el sueldo día tras día duramente en los negocios de sus familiares y vecinos, y con los que buscan diversión cercana o lejana con sus amigos, no menos duramente, los fines de semana.

Un último y debido apunte: estamos diciendo que la generalización del trabajo asalariado y del consumismo en el antiguo rural, deja una y otra vez atrás, desborda una y otra vez la vieja sociabilidad estamental, que excluía antiguamente a los aldeanos 'galego falantes' de casarse con las 'vilegas' castellano hablantes (y no al revés). Precisamente por eso, y por ser capitalista, y no estamental, esa nueva sociabilidad mantiene una actitud más bien instrumental, poco sacralizadora, con respecto a los idiomas que va precisando en su expansión: el gallego, que es el idioma materno de los que la protagonizan; el castellano, que no quieren que desaparezca de los institutos; y el inglés, que sus nietos necesitarán dominar. La razón es obvia: todos esos idiomas son imprescindibles para la expansión de las empresas que con tanto acierto y esfuerzo han creado, y a las que deben su más entusiasmada identidad.

2012

¿Y qué decir finalmente del cuarto tipo de sociedad gallega que aquí queremos comentar, los casos de villas como por ejemplo Chantada, Negreira, Meira, Cuntis, Vilalba, y sus hinterlands aldeanos? Comarcas que no desarrollaron hasta ahora trabajo asalariado *masivo*, y que por eso mismo han quedado hasta el momento comparativamente más descolgadas de los cambios sociales.

Ahí las familias aldeanas que han permanecido, han unido su destino a la rentabilización de sus explotaciones agropecuarias, y han hecho y están haciendo por cierto un esfuerzo bien meritorio en esa dirección, pero sus productos se dirigen a mercados que están ya muy saturados. Y en cuanto a las familias propietarias de tiendas en las villas, muchas de ellas se han esforzado también en actualizarlas con éxito, pero sin poder competir con la *serialización* del comercio, muy avanzada ya como hemos visto en muchas villas y ciudades.

Los propietarios de esos pequeños negocios familiares, juzgan ahora sus logros conforme a la nueva orientación que impone en cada momento el mercado, y éste prestigia siempre a los sectores y las poblaciones que crean empleo, que expanden su dominación sobre la mano de obra, "con su misteriosa eficacia" (Marx). Y ellos son los que mejor saben que nada de eso va a ocurrir a gran escala con la agricultura o con el pequeño comercio. De manera que orientan a sus hijos hacia otros sectores profesionales, que consideran más emergentes y dotados de poder, porque en efecto lo están. Se derrumba así colectivamente (y que sea *colectivamente* es aquí lo decisivo), y de un solo golpe generacional, la vieja moral comunitaria, que enseñaba a los hombres y a las mujeres (pero sobre todo a las mujeres) a sacrificar la propia vida al servicio de la

continuidad de una casa. Y ellas son, lógicamente, las primeras que quieren escapar a un modo de vida cuyos límites presentes (y futuros) conocen bien, demasiado bien. Y detrás de las mozas se marchan los mozos, y en las casas dejan de nacer niños. Y una gran depresión moral, *colectivamente* sentida y admitida, atenaza a bastantes de esas familias, masculinizadas y envejecidas, que continúan viviendo en esas poblaciones aldeanas y vilegas.

Pero en ningún sitio está escrito que ese haya de ser el destino fatal de esas comarcas. No puede descartarse, ni tampoco garantizarse, que no vaya a surgir en un momento dado, en algunas de ellas, un grupo activo de empresarios, que en cualquier sector o sub-sector, no necesariamente novedoso, provoque una compra masiva de trabajo asalariado, y transforme con ello por completo la vida social (en el sentido capitalista del término), cayendo entonces más o menos en el tercer modelo que justo antes comentábamos. Veríamos entonces, en esas comarcas “afortunadas”, revertirse con fuerza la curva demográfica hasta entonces decadente, atrayendo hacia sí cada vez más población, y cada vez más joven, que haría crecer allí sus recién creadas familias. Pero si ocurre esto, ocurrirá por fuerza *a costa* de las comarcas vecinas, y no tan vecinas, que no experimentarán tan deseada expansión económica y demográfica. Porque esta dualidad entre zonas más bien rurales y zonas más bien urbanas, la hemos visto (con todos los matices que cada cual guste señalar) en *todas* las sociedades occidentales que hemos conocido, precisamente porque son capitalistas.

Referencias bibliográficas:

- ALLONES PÉREZ, Carlos (1999): *Familia y Capitalismo*. USC. Santiago
- BOURDIEU, Pierre (2004): *El baile de los solteros*. Anagrama. Barcelona
- GONDAR, Marcial (1989): *Romeiros do Alén*. Galaxia. Vigo
- LIZANCOS MORA, Plácido (2003): *Migracións, sociedade e arquitectura. O caso galego*. Universidade da Coruña
- LÓPEZ ANDIÓN, José Manuel y MIRALBÉS BEREDA, María Rosario (1981) : «Introducción y resumen de ‘La Galice. Essai géographique d’analyse et d’interprétation d’un vieux complexe agraire de M. Abel Bouhier’», en la *Revista Galega de Estudos Agrarios*, núm 5, pp. 193-245. USC
- MARX, Karl (1975): *El Capital. Crítica de la Economía Política*. Siglo XXI. Madrid

Nota de los editores: Esta contribución del Profesor Allones difiere de la que presentó en el Seminario, pero representa una de las líneas permanentes de la investigación del GCEIS en Compostela y que se ha expresado en diferentes trabajos anteriores de otros miembros del grupo de investigación como Julio Cabrera, Ester Filgueira, Enrique Carretero o Juan-Luis Pintos, sobre La juventud gallega (2008), Tanatorios vs. Velorios (2006), Realidad e imaginario en Galicia (1999).